

AL LECTOR

CONSTANTES EN LA ETNIA VASCA

José Miguel de BARANDIARÁN

Vamos a recordar, siquiera sea sumariamente, unos rasgos de esta etnia que es el pueblo vasco.

Entendemos por *etnia* un grupo de hombres que tienen una cultura común. El pueblo vasco es así un grupo humano caracterizado por una cultura. Por cultura aquí entendemos el conjunto de soluciones dadas por el hombre a los problemas fundamentales que le ha planteado la vida: sustento y conservación de la vida, el saber y las técnicas, la sociedad, el lenguaje, las artes y la religión con el programa general del comportamiento humano. Esas son las categorías principales que constituyen la cultura.

Modos de vida

Empecemos por señalar algunos elementos de cada una de esas categorías, sobre todo aquellos que, al parecer, han sido más constantes.

El sustento y la conservación de la vida los tiene el vasco, como cualquier otro pueblo de Europa, basados en la industria, en la artesanía, en la agricultura, en la pesca y en el comercio. Algunos de estos modos de vida muestran muchos restos heredados de remotas épocas. También los mismos modos de vida,

esas categorías de que hablaba antes, nos vienen de lejos. No vayamos a pensar que los raíles sobre los cuales corremos son de ahora; son raíles que ya estaban tendidos en la prehistoria. ¿Qué sería del mundo y de la civilización si no existiera el fuego? Este fue utilizado por el hombre prehistórico. En las épocas más remotas que conocemos de la humanidad parece que ya existía el fuego.

Cabe todavía preguntar: ¿Qué sería de nuestra civilización si no existieran los metales? Y los metales vienen siendo obtenidos y utilizados por el hombre desde tiempos prehistóricos. Y así de muchos otros bienes culturales.

Entre los modos de vida está, por ejemplo, la *caza*. Hoy de escaso rendimiento económico. La caza existía aquí en lo más antiguo del Paleolítico. Hay razones para pensar que en aquel entonces el ojeo era el procedimiento empleado para cazar bisontes, caballos, renos, ciervos, rebecos, cabras, etc. Ese procedimiento es empleado todavía aquí para capturar los *betizu* o vacas salvajes, las cabras, los caballos montaraces. El mismo ha sido utilizado hasta hace poco para cazar lobos, obligándolos a huir hacia un desfiladero o hacia una trampa —en vasco, *otsozulo*, *otsozuloeta*—. Son conocidas las «loberas», por ejemplo, en la sierra de Guibijo, en Lacozmonte y en Gorbea. Más conocida es la captura de palomas mediante ojeo y «trampa» o redes tendidas en collados. Este procedimiento y el uso de una suerte de «boomerang» que en vasco llaman «makilla» y también «karrota», parecen tener larga tradición en el país. Claro está que no me detengo aquí a explicar estos modos, porque esto nos llevaría demasiado lejos, ni tendríamos tiempo para describirlos detalladamente.

La GANADERÍA, todavía bastante floreciente en el país, tiene remotos antecedentes. Data de fines del Neolítico. El ganado vacuno, el caballar, la cabra y el puerco, han sido objeto de explotación desde entonces. Y como una de las funciones de la ganadería, hace 5.000 años que se viene practicando la trashumancia en nuestra tierra, con sus flujos y sus reflujos entre el valle y los puertos o pastos de las montañas. A ella debe aludir el nombre *larrazken* «último pasto estival» u otoño.

De aquellas viejas épocas parece que nos ha llegado también la comunidad de pastos, de tierras, de bosques y el libre aprovechamiento de las rastrojeras. También de aquel tiempo viene la posesión tan sólo en usufructo del albergue —*txabola e illor*— y del sel o majada por el ganadero o el pastor. A estas constantes de la ganadería van asociadas las del ajuar del pastor, como son tazas y platos de madera, cuencos y cuezos de lo mismo, vasos de cuerno (*kutxarro*) y cuchara de palo y de cuerno, etc. Y —una cosa singular— el método de cocer la leche con piedras candentes, que hizo su aparición en el país, cuando menos, en el Paleolítico superior (para aprovechar la carne de los magurios).

Además, el uso del *eltzaor* «zambomba», del *burrin* «zumbadera», del *zuzi* «tea», de *zildai* «cadena de madera», de *sardaku* «pianzas de palo», de *bizkarzorro* «cuévano de piel de cabra», etc

Asociadas a la ganadería van también otras manifestaciones; por ejemplo, las de carácter religioso, prácticas religiosas, como en San Miguel de Excelsis, en San Adrián y Santa Marina de Andía, en Santa María de Codés, en Santa Engracia de Guibijo, en San Juan de Encía, en Santa Bárbara de Segura, en la Cruz de Aizkorri, en Sancti Spiritus de Larrune, en Salvatore de Irati, etc. Una cosa bastante singular es la confesión de fe cristiana que se hace ante las cavernas: rezando el *Credo* en nichos, por ejemplo, de San Miguel de Aralar, de S. Pedro de Cegama, de S. Esteban de Usúrbil, de Ntra. Señora de Zikuñaga en Hernani, en San Juan Bautista de Orio, etc., y ofrendando piedras y confesando así su fe ante las grutas y en los dólmenes de Aralar y en determinados árboles frutales. Son prácticas que evidentemente tienen su origen en tiempos anteriores al Cristianismo, y han estado seguramente asociadas a otra religión anterior, a otra manera de pensar y a otra concepción del mundo probablemente de época prehistórica.

Si la Cruz, Santa María, San Miguel, Santa Bárbara y otros Santos son tradicionalmente invocados como protectores de pastores y rebaños, también el espinillo albar, el avellano, el fresno, la oveja negra, la cabra, el chivo, los «*autzek*» o espíritus de antepasados y *Basajaun* o genio de las montañas, son considerados como elementos y genios que protegen el ganado.

Como ustedes comprenderán, estoy hablando de unos aspectos de la vida ganadera que tienen larga tradición, que nos vienen de tiempos muy lejanos.

La AGRICULTURA es otro modo de vida en el país. Un modo de vida que ya apareció a fines del Neolítico en algunos lugares. Un molino de mano de aquella época, hallado en Lumentxa, la azada de piedra del dolmen de Bidarte y los nombres de *aitzur* «azada», *nabar* «cuchilla de arado», *aiotz* «podadera» y *garranga* «dentadura de la hoz» parecen apoyar esta presunción a juzgar por sus componentes probables de *ar*, *arri*, *aitz* «piedra», que nos recuerdan aquel tiempo. Pero la agricultura fue retrasándose en su avance a lo ancho de nuestros valles y montañas. Es que la ganadería en todo el tiempo fue frenándola en su progreso. Tenían intereses encontrados. A la ganadería le interesaba la comunidad de pastos y la libre circulación de su ganado, y esto es todo lo contrario de lo que interesa al labrador. Con todo, la vida agrícola fue extendiéndose por el país; si bien con mucho más retraso que la ganadería. La primera roturación de la tierra en vascuence recibe el nombre de *izato*, operación que convierte el terreno en artiga (en vasco *labaki*). Las siguientes operaciones, como la siembra, la escarda y la recolección de la cosecha, tienen larga tradición, ya que aparecen inscritas en los nombres vascos de meses, como noviembre, que en vasco es *azaroa*, que significa «época de la siembra»; abril, que en vasco es *gorrailla* y significa «mes de la escarda»; julio, que en vascuence se dice *uztailla*, que significa «mes de la cosecha»; nombres que indudablemente son anteriores a la llegada de los romanos.

La reja del arado —en vasco *eiz* y *goldemutur*— ya era utilizada en el siglo IV antes de Cristo, según lo sabemos de los hallazgos hechos en poblados prehistóricos de Echauri y de Lahoya en Laguardia. La laya, instrumento utilizado a mano para remover profundamente la tierra, parece remontarse a tiempos anteriores al arado y al uso de los animales para tirar del mismo.

San Martín y San Víctor de Gauna son los santos que aparecen incorporados a la historia de la vida agrícola del País Vasco. Entran principalmente entre las costumbres religiosas de los agricultores las rogativas y romerías que se hacen en diversos santuarios, como a Ntra. Sra. del Puay, de la Virgen de la Nieva, de la Virgen de Nora (región de Sangüesa), de San Gregorio de Sorlada, de San Adrián, etc.

El saber y la técnica

El contacto con el mundo exterior y las tendencias humanas son parte para que el hombre vaya conociendo su entorno, racionalizándolo, sometiéndolo y poniéndolo a su servicio. Así logra atesorar el saber y crear técnicas. Nuestros antepasados fueron conociendo su país y viendo las opciones que éste les ofrecía y respondiendo a ellas conforme a sus apetencias, crearon diversos modos de vida. Escogieron como albergues las cuevas situadas en confluencias de ríos y de encañadas, sobre los desfiladeros y presas naturales entre valles (Olha, Isturitz, Aitzbitarte, etc.); no en vano formaron también sus poblados o sus habitaciones en las confluencias de los ríos y de los pasos naturales, en la proximidad de los estuarios y de los puertos o al pie de los pastizales en paisajes soleados, en medio de tierras ceraces. O erigieron sus ferrerías en las cercanías de las minas y junto a los saltos de agua y en regiones donde fuera asequible el combustible necesario para sus fraguas. Tales emplazamientos de habitaciones y de talleres, reflejados en la situación de muchos poblados actuales de nuestro país. Otros, en cambio, no han obedecido tanto a las condiciones geográficas como a factores históricos, como ocurre, por ejemplo, en Pamplona, Vitoria, Laguardia y, en general, en las tierras bajas de la vertiente meridional del Pirineo Vasco.

El saber popular comprende también la medicina, conocimiento de hierbas, de plantas, de bayas, de frutas, de la tierra y de sus materiales, de las aguas minerales y de las virtudes terapéuticas de todos estos elementos. Hay procedimientos curativos que nos vienen sin duda de época antigua: las fuentes de Yantzi, de Iturriotz, del bosque de Ostabat, de Ciordia y las aguas de Santa Engracia, de Ujué, de San Miguel de Ereñusarre, de Sandailli de Oñate, etc., son consideradas como medios curativos para diversas enfermedades. Las de Sandailli y su uso probablemente están relacionadas con la población prehistórica que dejó sus huellas en aquella caverna.

El espio albar, el fuego de laurel, el fresno, la hoz y el hacha son tenidos como pararrayos que tienen virtud de proteger las casas y personas durante las tormentas. Frecuentemente la práctica de la medicina popular va acompañada de signos y oraciones mágicas, como la de hacer, por ejemplo, un simulacro de

costura para curar distorsiones y roturas, deshacer al fuego o debajo de la tierra granos de diversos géneros para curar paperas, forúnculos, infartos, verrugas, etc.

Al hablar de las técnicas y del modo de lograrlas, no podemos menos de mencionar aquel antiguo personaje popular llamado «Samartintxiki», que fue agricultor, herrero y molinero, y que robó al «Basajaun» la patente de la siembra de trigo, y también las patentes de la sierra, de la soldadura de hierro y del eje de molino, gracias a las cuales se introdujeron en el mundo de los humanos la agricultura, las industrias del metal y la molinencia mecánica.

La vida industrial, en su sentido más amplio, es también de larga tradición en toda Vasconia, ha dejado huellas interesantes en nuestro suelo y en nuestros relatos populares. Prueba de ellos son, por ejemplo, los grandes yacimientos prehistóricos de nuestra tierra con miles de productos —instrumentos y armas de piedra— de industria y las *olak* o herrerías y las leyendas de la muerte del *iraunsuge* «dragón» en Mondragón, el vencimiento del «gentil» de Aitzin en Beasáin, etc., que nos traen recuerdos de la antigua vida industrial.

La SOCIEDAD es otro de los elementos de la cultura del país, como de todos los países; otro ambiente en el que se desenvuelve el hombre. La sociedad conserva el saber y las invenciones logradas por las generaciones pasadas. Gracias a esto, uno puede ahora asimilar en pocos años lo que costó descubrir siglos y milenios a nuestros antepasados.

La propia casa, la familia, es la sociedad más importante para cada uno. La casa vasca ha sido, aún lo es en muchos casos, albergue, sitio de reunión, habitación, taller, punto de convergencia para cuantos nacieron en ella, templo y, en casos, sepultura. Aquí tiene cada uno su raíz y punto de partida en el camino de la vida. A su sombra y a su medida, nos educamos en los primeros años. En ella aprendemos a amarnos, y también a respetarnos. En ella también aprendemos las primeras y más fundamentales nociones sobre el hombre y el mundo y el primer esquema de una ética y del comportamiento humano. Por eso amamos la casa y queremos que se conserve íntegra, que no sea

enajenada, que se perpetúe como refugio que es de los vivos y de los muertos de la familia.

El hogar, la casa, ha sido considerada como lugar sagrado, con los atributos de templo y de sepultura. Se le ha reconocido el derecho de asilo en la costumbre y en las leyes. También el de *antuzano*, que no permitía que entrara ninguno en la casa contra la voluntad de sus moradores. Este derecho era respetado hasta por los genios nocturnos, hasta por los númenes. El poder de éstos no llegaba al interior del edificio, o no traspasaba el umbral de la puerta. Así ocurrió a los genios que perseguían a unas jóvenes de Elorrio. Volvían de noche a su casa, oyeron un *irrintzi* y pensando que se trataba de una amiga, le contestaron. La contestación a un *irrintzi* de noche significaba en aquellos tiempos, y también en mi niñez, la respuesta a un desafío. Y entonces, como no era un amigo ni una amiga, sino que se trataba de un genio nocturno, les persiguió. Ellas se dieron cuenta, y corrían y corrían, y llegaron a una casa, y rápidamente lograron entrar en ella antes que el genio les alcanzase. El genio se detuvo a la puerta, echó su mano sobre ella, dejó marcada la huella de su mano y se marchó. Y es que no podía violar una casa. Otro caso: en un caserío llamado «Arratinea», de Ataun, ocurrió que un joven de la casa que volvía de noche del caserío *Urretsua* sintió que por detrás venía persiguiéndole un genio en figura de toro de fuego; corrió cuanto pudo y, jadeante, llegó a su casa. Justamente pudo entrar; el genio, en figura de toro, allí quedó a la puerta, y se volvió luego. También es notable el caso de la cueva de Akelarre, en Zugarramurdi, una cueva donde, dicen las consejas, que se reunían las brujas. Allí está la ventana —un hueco en la roca— de donde el diablo les hablaba y las dirigía. En su vestíbulo existe un yacimiento prehistórico, según comprobé hace cerca de cuarenta años. Las leyendas del lugar aseguran que allí vivían las *lamias*. Estas *lamias* necesitaron un servicio de una señora de un caserío vecino que se llama *Lekuberri*. Hizo su servicio y las *lamias* le dieron en premio una rueca y un huso de oro. Le dijeron que en su camino no tenía que volver la cabeza hacia atrás. Pero en cuanto llegó a su casa, y no había hecho más que dar un paso hacia dentro de la puerta, cuando miró atrás, las *lamias* le arrebataron la mitad de su tesoro, porque la otra mitad que ya estaba dentro de la casa no podían arrebatársela; allí dentro no tenían poder. Todo esto indica cuán importante era el respeto a la casa, hasta el punto de

que ninguno —ni los mismos genios— podían entrar en ella sin autorización de sus moradores. ¡Qué lejos estamos de aquellos tiempos!

La VECINDAD es otro grupo social en el que cada uno o cada casa se halla integrada. No podemos adentrarnos mucho en su explicación, porque esto se va haciendo largo. Las relaciones de vecindad, de derechos y deberes, tienen gran importancia en el país, sobre todo en los aspectos de asistencia mutua en determinadas labores, en casos de enfermedad, muerte y exequias, nacimiento, boda, incendio, desgracias en personas y en animales, etc. Es, pues, un complemento de la familia. Señalemos un caso: en muchos sitios ha llegado hasta hoy la costumbre de que, si muere una persona, el primer vecino tome desde aquel momento a su cargo todos los trabajos de aquella casa, mientras esté en ella el cadáver del difunto. El cuida del ganado y él cuida también de todos los avisos y encargos que hay que hacer con motivo de las exequias y otros quehaceres. Y he preguntado en más de una ocasión y en más de un sitio: «alguna vez ocurrirá que los vecinos están enfadados, que incluso no se hablan, no se tratan: ¿qué actitud toma entonces el primer vecino?». Y me han contestado: «en casos de ese género todo el mundo sabe situarse en otro plano, que es superior al de los rencores y de las disensiones, y cumplirá con su deber».

Otro elemento de la cultura es la lengua. Elemento cultural importante que caracteriza al pueblo vasco: el *euskera*. Es una de las características de nuestro grupo, aunque desgraciadamente no lo hablen todos. Lengua que ha sido vehículo de ideas y de sentimientos de este pueblo singular durante muchos milenios. Es, pues, una constante de nuestra cultura, no cabe duda. Lengua, además, cargada de reminiscencias de culturas pasadas. Recuérdense, por ejemplo, algunos nombres: *Uztailla* «julio», *Garagarri-lla* «junio», *Asteazkena* «miércoles», *Osteguna* «jueves», *Azaroa* «noviembre», *Larrazkena*, que es otoño; *Illargia* «la luna», *onez-tarria* «el rayo», etc. Y adviértase cuán diferentes son las ideas originales a las que aluden los nombres vascos y sus correspondientes castellanos. Así, mientras *Uztailla* significa en vasco «mes de la cosecha», el correspondiente *julio* se refiere a Julio César;

Garagarri-lla significa en realidad «el mes de la cebada», porque es la época en que se recoge este cereal, mientras que su correspondiente castellano «junio» alude a la diosa Juno. *Asteazkena*, que significa el último día de la semana, y que corresponde al miércoles, nos sitúa en una época en que nuestra semana no tenía más que tres días: *astelena*, *asteartea*, *asteazkena*. Época muy antigua, seguramente más antigua que los primeros contactos que tuvo el pueblo vasco con los indoeuropeos, cuyo contacto se advierte, sin embargo, en otros nombres de la semana, ya que *Ostegun* «jueves» y *Ostiral* «viernes», por ejemplo, tienen claras reminiscencias de la mitología indoeuropea. Y para no prolongarme demasiado, sólo me limitaré a citar el nombre *onez-tarria*. *Oneztu* es el nombre del relámpago, en ciertas regiones del país; y *oneztarri* «piedra de relámpago», es el nombre del rayo. Esta concepción del rayo como una piedra que cae del cielo es del dominio de todos los pueblos indoeuropeos, empezando de la India hasta Portugal. Pues bien, el vasco se hizo eco de esta idea, y la expresó en su lengua, apropiándose, además, la leyenda que la acompaña en aquellos pueblos. La leyenda dice esto: una divinidad celeste lanza una piedra, que en algunos sitios es un martillo, como en el caso de Thor, el dios de los germanos; otras veces son flechas, como en el caso de Júpiter de los romanos. Pero, en fin, es un arma de piedra lanzada por una divinidad. Eso es el rayo. Y ese rayo o piedra que cae sobre la tierra, se introduce en ella siete estados y cada año va subiendo un estado hacia arriba. Y al cabo de siete años se encuentra en la superficie de la tierra. Desde entonces tiene virtudes especiales como pararrayos. Créese que donde ella se encuentra no cae el rayo. Esa leyenda la he recogido yo en el País Vasco, localizada en muchos sitios. La piedra a que hace referencia suele ser o un pedernal o hacha de piedra pulimentada prehistórica. Quien la encuentra en el campo, la lleva a su casa y la coloca sobre el dintel de la puerta principal. Donde ella falte es sustituida por un hacha de acero que se coloca en el umbral de la puerta principal con el filo mirando arriba durante las tormentas; práctica corriente a fines del siglo pasado, hoy apenas conocida.